Zeitschrift: Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas

Herausgeber: Collegium Romanicum (Association des romanistes suisses)

Band: 57 (2010)

Heft: 3: Fascículo español. Literatura, violencia y narcotráfico

Artikel: Aspectos e imágenes de la violencia en "La Virgen de los Sicarios" de Fernando Vallejo

Autor: López de Abiada, José Manuel / López Bernasocchi, Augusta

DOI: https://doi.org/10.5169/seals-271568

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 14.07.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Aspectos e imágenes de la violencia en *La Virgen de los Sicarios*, de Fernando Vallejo

1. Entrada

Nuestro objetivo es llevar a cabo un «vaciado» de la novela elegida de Fernando Vallejo, por sus características paradigmáticas en no pocos aspectos de la literatura «sicaresca» colombiana. Para nosotros un vaciado es en primer lugar un proceso de descubrimiento y un intento de «sacar» a la superficie los elementos constitutivos de un texto novelesco. Nos parece un modo de proceder indicado, porque creemos que uno de los cometidos de la crítica literaria es, antes de sumergirse en los comentarios exocríticos y endocríticos, tratar de comprender el texto para, después, pasar a la interpretación de los contenidos. Los juicios de valor, las periodizaciones, la caracterización de la obra y demás son procesos posteriores. Un vaciado es, por tanto, un ejercicio de modestia y de paciencia, puesto que el objetivo primario es tratar de detectar y entresacar los elementos que lo constituyen para poder llegar a la exégesis. En este trabajo, en sintonía con la temática anunciada, el vaciado nos va a conducir, *nolens volens*, por las estaciones de un vía crucis marcadas por los estigmas de la violencia, macroscópica en unos casos y microscópica en otros. Y como se trata de un acercamiento ecléctico y versátil, de ese venero manan de continuo datos que focalizan detalles a veces mínimos, que compensan y corrigen lo que no surge a la superficie o no queda suficientemente alumbrado desde un acercamiento panorámico. No nos servimos de una metodología específica, sino más bien de una técnica analítica que conlleva a una vista panorámica abarcadora, a la que se van sumando elementos procedentes de desplazamientos sistemáticos ceñidos al detalle.

Las obras de ficción que tematizan el narcotráfico constituyen entre tanto un corpus considerable, especialmente en Colombia y México. Tan es así que algunos críticos recurren al término «sicaresca», marbete creado con claro deje irónico por el escritor colombiano Héctor Abad Faciolince

Augusta López Bernasocchi - José Manuel López de Abiada, «Aspectos», *Versants* 57:3, fascículo español, 2010, pp. 103-136

en un texto aparecido en 1995[1]. Se trataba de un fenómeno reciente, puesto que la tematización literaria del narcotráfico comienza con la década de los 80. El escritor y crítico colombiano Álvaro Pineda Botero señala al respecto en una entrevista:

> Antes de 1980, el narcotráfico era un fenómeno marginal, que giró principalmente alrededor del cultivo y tráfico de marihuana y que afectó a algunas zonas. [...] Muchos pensaron que era un fenómeno pasajero. Aún así quedó registrado en algunas novelas que lo presentaban de manera folclórica, grotesca, pintoresca, como algo propio de Macondo y del realismo mágico. (López de Abiada 2010: 74)

Entretanto no son pocos los críticos que creen que la novela del narcotráfico constituye un subgénero, al que se podría denominar, en analogía con el pícaro y la picaresca, «novela sicaresca». El tiempo dirá si el apelativo adquiere carta de naturaleza.

Seguro es que los neologismos forjados a partir del formante *narco-* aumentan de continuo, puesto que no fue elegido por su semántica original, sino para responder a exigencias o denotar aspectos del mundo del narcotráfico; y aunque la etimología proceda del griego *nárke* (=torpor, adormecimiento), distintos son los usos, los medios y los fines, pues los significados están asociados preponderantemente a la delincuencia. También se han creado numerosos vocablos relacionados con la música (los narcocorridos, por ejemplo), la filmografía (el narcocine, también llamado *cine de frontera*, porque las historias se desarrollan en la raya divisoria entre México y Estados Unidos), el arte (el *Musée International des Artes modernes* de Sète, Francia, inauguró la primera exposición en 2004) y la narcopolítica (narcomilitares, narcoguerrilla, narcopolíticos, etc.).

2. Medellín como paradigma

El procesamiento de cocaína en un laboratorio colombiano destinada a la exportación data de comienzos de la década de los cincuenta.

[1] Más detalles en Orrego 2006.

Se trataba de un laboratorio clandestino en una villa de las afueras de Medellín, propiedad de los gemelos Herrán Olózaga, vástagos adinerados de la burguesía política y empresarial de la zona[2]. Medellín era en 1951 una ciudad de casi 400.000 habitantes que había doblado su población en los últimos catorce años, debido al crecido flujo de la migración campesina. Veinte años después, la población de la ciudad había superado el millón de habitantes, resultado asimismo de la crecida migración rural que generaría un marcado incremento de una economía que quedaba al margen de los procesos de industrialización de la ciudad. Así se explica la delincuencia urbana que, desde el comienzo de la década de los setenta, se manifiesta en un rápido proceso de lumpenización de amplios sectores de la población. En 1985, la ciudad había superado el millón y medio de habitantes, y el narcotráfico había calado en amplios sectores de la sociedad. Es a partir de entonces cuando, a juicio de los estudiosos, el poder económico del narcotráfico comienza a desempeñar un papel significativo en el proceso de modernización de la ciudad; y es también la década en la que se desboca la violencia, expresada bajo forma de justicia privada, de bandas criminales, de vicariato y de milicias populares.

3. *La Virgen de los Sicarios*

3.1 Violencia macroscópica

Como sabemos, la novela rememora la breve relación amorosa entre el gramático y narrador Fernando y el joven ex sicario Alexis, víctima indirecta de la violencia, puesto que la muerte de Pablo Escobar le ha privado del «trabajo». Y, a la par y de rondón, reconstruye la historia de Medellín (en cuyos alrededores había nacido y crecido el narrador) y de una sociedad y un país agónicos («la agonía de esta sociedad», 45; «rezar por Medellín y su muerte», 55); una sociedad que, con la complicidad del Estado, se ha hundido en el abismo de la (auto)destrucción y la

[2] Para mayor información, véase Sáenz Rovner (2009: 101-103).

muerte, generadas –al parecer de forma un tanto paradójica– por el enorme frenesí reproductor de sus habitantes[3]:

> [...] aquí la vida humana no vale nada.
> ¿Y por qué habría de valer? Si somos cinco mil millones, camino de seis... [...] Nada somos, parcerito, nada semos, curémonos de ese «afán protagónico» y recordemos que aquí nada hay más efímero que el muerto de ayer. (40)

El cenit del pesimismo y del futuro abortado se funde en un recuento de males patrios, en un rosario de desgracias cuyas cuentas (presentadas en una especie de *accumulatio* «sublime») llevan a un imposible oximorónico:

> El primer atracador de Colombia es el Estado. [...] La industria aquí está definitivamente quebrada: para todo el próximo milenio. ¿Y el comercio? Lo asaltan. ¿Y servicios? ¡Qué servicios! ¿Poner una casa de muchachos? No los pagan. El campo también es otro desastre. Como está tan ocupado en la procreación, el campesino no trabaja. ¿Y de qué viven? Viven del racimo de plátanos que le roban al vecino, hasta que el vecino no vuelve a sembrar. No, el amor aquí no tiene alicientes. Es una chimenea sin leños que se mantiene como por milagro, ardiendo apagada. (46)

Como podemos ver, el pasaje citado está cuajado de términos relativos a la destrucción y a la delincuencia («atracador», «quebrada», «asaltan», «desastre», «roban»); se concluye en un cierre caracterizado por el recurso repetido a la negación «no» y a la partícula privativa «sin», cierre coronado por una imagen final referida al amor («chimenea sin leños») que se apoya en un oxímoron («ardiendo apagada»).

En la cita que sigue, la presencia repetida de las partículas negativas –«no», «ni»– está reforzada por una anáfora y una enumeración que, incrementadas por un logrado *crescendo*, acentúan el afán autodestructor de la sociedad colombiana; una sociedad en la que la muerte no descansa nunca, como indica la marcada frecuencia de términos inherentes al campo semántico del trabajo y su contrario: «laboradora», «no descansa», «trabajo», «ni descansa», «trabajando», «tanto tesón», «empleo», «desempleo», «afán»; son asimismo perceptibles las paradojas –respectivamente el

[3] De ahí que, como veremos, la indignación, la crítica despiadada y el aparente cinismo del narrador hacia las instituciones y la sociedad entera no respondan sólo al deseo de denunciar la situación, sino también a la voluntad de contribuir de manera personal a la destrucción, pues, asegura el narrador, es lo único que esa sociedad merece.

oxímoron– «trabajo-ni descansa», «trabajando-nuevas fuentes de empleo-disminuye el desempleo», «más muertos-menos muertos» y las antítesis «muertos-niños», «su afán-semejante paridera»:

> Y la Muerte es una obsesiva laboradora. No descansa. Ni lunes ni martes ni miércoles ni jueves ni viernes ni sábados y domingos, fiestas civiles y de guardar, puentes y superpuentes, día del padre, de la madre, de la amistad, del trabajo... ¡Del trabajo, carajo, ni ése descansa! Pero trabajando así, con tanto tesón, sin crear nuevas fuentes de empleo disminuye el desempleo que aquí, según dicen los tanatólogos, es el que trae más violencia. O sea que mientras más muertos menos muertos. Mi señora Muerte pues, misiá, mi doña, la paradójica, es la que aquí se necesita. Por eso anda toda ventiada por Medellín día y noche en su afán haciendo lo que puede, compitiendo con semejante paridera, la más atroz. Este continuo nacer de niños y el suero oral le están sacando canas. (58)

3.2 Violencia y tiempo novelesco

La violencia del pasado reciente (o presente narrado), inmediatamente posterior al regreso del narrador a Colombia, coincide con la etapa de violencia sostenida que sigue a la muerte de Pablo Escobar (diciembre de 1993), jefe máximo del cartel de Medellín («el matadero del presente», 102). Un período en el que, como se desprende de la amarga ironía de los pasajes que siguen, los sicarios habían perdido el trabajo:

> Con la muerte del presunto narcotraficante [...] aquí prácticamente la profesión de sicario se acabó. Muerto el santo se acabó el milagro. Sin trabajo fijo, se dispersaron por la ciudad y se pusieron a secuestrar, a atracar, a robar. Y sicario que trabaja solo por su cuenta y riesgo ya no es sicario: es libre empresa, la iniciativa privada. Otra institución pues nuestra que se nos va. En el naufragio de Colombia, en esta pérdida de nuestra identidad ya no nos va quedando nada. (34-35)

> [...] el odio de hoy se construye sobre el odio de ayer. Parados en una esquina de las comunas, los sobrevivientes de las bandas esperan a ver quién viene a contratarlos o a ver qué pasa. Ni nadie viene ni nada pasa: eso era antes, en los buenos tiempos, cuando el narcotráfico les encendía las ilusiones. No sueñen más, muchachos, que esos tiempos, como todo, ya pasaron. ¡O qué! ¿También se creyeron ustedes eternos porque se estaban muriendo rápido? Parchados en una esquina de las comunas, viendo correr las horas desde una encrucijada del tiempo, los muchachos de las antiguas bandas hoy son fantasmas de lo que fueron. Sin pasado, sin presente, sin futuro, la realidad no es la realidad en la barriadas de las montañas que

> circundan a Medellín: es un sueño de basuco. En tanto la Muerte sigue subiendo, bajando, incansable, por esas calles empinadas. (61-62)

Entre los jóvenes ex sicarios en paro se encuentra Alexis, el último gran amor del gramático-narrador:

> Muerto el gran contratador de sicarios, mi pobre Alexis se quedó sin trabajo. Fue entonces cuando lo conocí. [...] La tarde en que La Plaga me habló de Alexis en el salón de billares me contó del exterminio de su banda: diecisiete o no sé cuántos, que fueron cayendo uno por uno, religiosamente como se va rezando el rosario, y de los que no quedó sino mi niño. Ese «combo» fue una de las tantas bandas que contrató el narcotráfico para poner bombas y ajustarles las cuentas a sus más allegados colaboradores y gratuitos detractores. (64)

La violencia del presente de la narración coincide con el tiempo (y las circunstancias) en que el narrador va adquiriendo conciencia de su papel de testigo y cronista de los eventos trágicos que están desmembrando el país. Un tiempo muy otro del de los años dorados de su infancia y juventud, en el que todavía se conocía cierta «ética» y solidaridad y en el que el narrador aún no había perdido la fe; un tiempo que vuelve a sustanciarse cada vez que, desgarrado y atormentado, reflexiona sobre el desastre actual[4].

3.3 Violencia y espacio novelesco

3.3.1 Colombia y Medellín

Colombia es, a juicio del narrador, un país sumido en el caos, la corrupción y la violencia extrema[5]: «Colombia nunca ha sido muy regular en sus cosas; es más bien irregular, imprevisible, impredecible, inconsecuente,

---

[4] «A él está consagrada Colombia, mi patria. Él es Jesús y se está señalando el pecho [...] sangrando: [...] es la sangre que derramará Colombia», «¿Pero por qué me preocupa a mí Colombia si ya no es mía, es ajena?» (6); «No sé de dónde los sacan o cómo los inventan. Es lo único que les pueden dar para arrancar en esta mísera vida a sus niños», «Son los nombres de los sicarios manchados de sangre.», «ya no lo pienso así» (7).

[5] «[C]omo se nos desbarajustó después Colombia», «como bastó una chispa para que se nos incendiara después Colombia» (6); «Colombia, entre tanto, se nos había ido de las manos. Éramos, y de lejos, el país más criminal de la tierra» (8).

desordenada, antimetódica, alocada, loca...» (124; como podemos observar, mediante el recurso al asíndeton, a las aliteraciones y a las derivaciones se intenta acentuar la confusión y el caos que caracterizan el país). Un estado en el que el paro y el narcotráfico han generado un manadero de sicarios que se convierte en una inagotable torrentera de muertos[6]. Un país, en suma, que, como se desprende de la frecuencia del verbo *olvidar,* ha perdido su memoria (la ha perdido incluso su ex presidente Barco, irónicamente llamado «el memorioso», 48). Colombia se ha convertido en un infierno, cuyo triste récord de muertos se lo adjudica día a día la ciudad de Medellín.

En este sentido es significativo el *incipit* de la novela por las imágenes y términos relacionados con el campo semántico de la violencia, la sangre y las abundantes referencias religiosas:

- El color inquietante del globo –símbolo de las ilusiones infantiles, además comparado con el Corazón de Jesús– es subrayado mediante el trinomio iterativo «rojo, rojo, rojo« (5); con su elevación anticipa una imagen no menos inquietante, que vuelve a aparecer más adelante: los buitres o gallinazos –símbolo a su vez de muerte y violencia– han sustituido a las palomas y planean avizores y pacientes en el cielo de Medellín:

> Tienen estas avecitas la propiedad de transmutar la carroña humana en el espíritu del vuelo. Mejores pilotos nadie, ni los del narcotráfico. ¡Mírenlos sobre el cielo de Medellín planeando! Columpiándose en el aire, desflecando nubes, abanicando el infinito azul con su aleteo negro. [...] «Me gustaría terminar así –le dije a Alexis–, comido por esas aves para después salir volando». [...] Desde el morro del Pan de Azúcar hasta el Picacho vuelan los gallinazos con sus plumas negras, con sus almas limpias sobre el valle, y son, como van las cosas, la mejor prueba que tengo de la existencia de Dios. (48)

[6] «[S]icarios aquí es lo que sobra.Y desempleo» (19); «comprados con dólares del narcotráfico porque de dónde va a sacar dólares Colombia si nada exporta porque nada produce como no sea asesinos que nadie compra» (21).Véase la «síntesis» que hace el narrador de las que él denomina «hazañas» (79) de Alexis y de Wílmar: «ese sucederse de las horas y los días vacíos de intención, llenos de muertos. Cuando Alexis llegó a los cien definitivamente perdí la cuenta. [...] Más para darles una somera idea de sus hazañas digamos que se despachó a muchos menos que el bandolero liberal Jacinto Cruz Usma «Sangrenegra», que mató a quinientos, pero a bastantes más que el bandolero conservador Efraín González, que mató a cien.» (79); «Basuqueros, buseros, mendigos, policías, ladrones, médicos y abogados, evangélicos y católicos, niños y niñas, hombres y mujeres, públicas y privadas, de todo probó el Ángel, todos fueron cayendo fulminados por la su mano bendita, por la su espada de fuego. Con decirles que hasta curas, que son especie en extinción. Se quería seguir con el presidente...» (108-109).

- De la imagen del Corazón de Jesús (al que en su día fue consagrada con solemnidad la República) fluyen «goticas de sangre rojo vivo, encendido, como la candileja del globo» (6): el icono se ha convertido entretanto en símbolo de la futura violencia de la nación («la sangre que derramará Colombia, ahora y siempre por los siglos de los siglos amén», 6).

Colombia es, en suma, un Estado de corazón y alma partidos; y partidos están también el corazón y el alma del narrador («'Yo ya no soy yo[7], [...] tengo el alma partida.'», 32; «mi corazón rayado», 102). De ahí su ardiente deseo de que cosan, aunque sea «con hilo corriente [...] el corazón» (93) a su «pobre» patria, y la irónica afirmación: «en este país del Corazón de Jesús por unos tenis uno mata o se hace matar. Por unos tenis apestosos estamos dispuestos a irnos a averiguar a qué huele la eternidad.» (59); y la simbólica imagen final de los «cadáveres-reses» en la morgue, todos «desnudos sin corazón» (124).

La violencia en la ciudad de Medellín, en la que el narrador ya no sabe reconocerse, debido al cambio morfológico provocado, montaña arriba, por el nacer y el crecer de las comunas y, sobre todo, por la metamorfosis generada por la violencia[8]:

> Las comunas cuando yo nací ni existían. Ni siquiera en mi juventud, cuando me fui. Las encontré a mi regreso en plena matazón, florecidas, pesando sobre la ciudad como su desgracia. Barrios y barrios de casuchas amontonadas unas sobre otras en las laderas de las montañas, atronándose con su música, envenenándose de amor al prójimo, compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora. Ganas con ganas a ver cuál puede más. En el momento en que escribo el conflicto aún no se resuelve: siguen matando y naciendo. A los doce años un niño de las comunas es como quien dice un viejo: le queda tan poquito de vida... Ya habrá matado a alguno y lo van a matar. Dentro de un tiempito, al paso a que van las cosas, el niño de doce que digo reemplácenlo por uno de diez. Esa es la gran esperanza de Colombia. (28)[9]

En la cita percibimos–entre otras figuras y amén del recurso a la ironía final, fruto y expresión de una desesperanza desfallecida y desoladora– la

---

[7] Subrayamos el eco lorquiano: «Pero yo ya no soy yo, / ni mi casa es ya mi casa» («Romance sonámbulo», *Romancero gitano*, v. 33).

[8] «[M]ientras más arriba en la montaña mejor, más miseria. Uno en las comunas sube hacia el cielo pero bajando hacia los infiernos.» (29); «un barrio alto pero muy bajo» (55).

[9] De ahí la afirmación «aquí nadie sospecha de los viejos, que ya están probados: atracadores viejos no los hay, unos con otros hace mucho que se mataron, pues si bien es cierto que perro no come perro, atracador sí atraca a atracador.» (38).

abundancia de construcciones antitéticas rebosantes de significados: «me fui *vs* mi regreso», «ni existían *vs* las encontré», «matazón *vs* florecidas», «ansias de matar *vs* furia reproductora», «matando *vs* naciendo», «niño *vs* viejo», «habrá matado *vs* lo van a matar»; y el oxímoron «envenenándose de amor».

En el pasaje que sigue, la ironía aparece reforzada por anáforas varias y una gradación que reproducen en el plano estilístico el *climax* de la violencia:

> Los fundadores, ya se sabe, eran campesinos: gentecita humilde que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por chichiguas con el prójimo en peleas a machete. ¿Qué podía nacer de semejante esplendor humano? Más. Y más y más y más. Y matándose por chichiguas siguieron: después del machete a cuchillo y después del cuchillo a bala, y en bala están hoy cuando escribo. Las armas de fuego han proliferado y yo digo que eso es progreso, porque es mejor morir de un tiro en el corazón que de un machetazo en la cabeza. (29)

Por lo demás, el recurso frecuente a las figuras retóricas no debe sorprendernos en un narrador que subraya su profesión de gramático y, menos aún, en un escritor que, antes de publicar obras de creación, había reflexionado durante años sobre el lenguaje y las «gramáticas» de la narración; y coronado su largo periplo de formación con *Logoi*, un tratado de narratología sumamente original y documentado. En el pasaje que sigue es de notar, amén del polisíndeton que acompaña a las varias frases que abre el «si» condicional –que introduce una hipótesis real– y la referencia mitológico-dantesca al barquero infernal, la insistencia sobre el verbo «bajar» (que en la jerga de los sicarios es sinónimo de *matar*):

> Ha de saber usted y si no lo sabe vaya tomando nota, que cristiano común y corriente como usted o yo no puede subir a esos barrios sin la escolta de un batallón[10]: lo «bajan». ¿Y si lleva un arma? Se la «bajan». Y bajado el fierro le bajan los pantalones, el reloj, los tenis, la billetera y los calzoncillos si tiene o trusa. Y si opone resistencia porque éste es un país libre y democrático y aquí lo primero es el respeto a los derechos humanos, con su mismo fierro lo mandan a la otra ribera: a cruzar en pelota la laguna en la barca de Caronte. Usted verá si sube. (31)

[10] Afirmación reforzada más adelante: «las comunas a las que sólo sube mi Dios con escolta» (55).

3.3.2 Las comunas y sus atributos

En este subcapítulo recogemos dos únicos pasajes que se prestan para nuestros fines. En el primero, a la imagen de los infiernos –contrapuesta a la paz de la niñez del narrador[11]– se suman los símiles despreciativos «comuneros-cabras, -ratas». En el segundo, las numerosas repeticiones –incrementadas por varias correcciones, las antítesis («vivos *vs* muertos», «más chapalea *vs* no sale, más se hunde») y los símiles («ley de la muerte-ley del odio, -ley del gato», «odio-pobreza, -arenas movedizas»)– marcan con hierro de res brava la presencia de la violencia:

> Treinta y tres millones de colombianos no caben en toda la vastedad de los infiernos. Hay que dejar un espacio prudente entre dos de ellos para que no se maten, digamos una cuadra, de suerte que si no se pueden ver por lo menos se divisen. ¡Pero miren qué hacinamientos! Millón y medio en las comunas de Medellín, encaramados en las laderas de las montañas como las cabras, reproduciéndose como las ratas. Después se vuelcan sobre el centro de la ciudad y Sabaneta y lo que queda de mi niñez, y por donde pasan arrasan. «Acaban hasta con el nido de la perra» como decía mi abuela, pero no de ellos: de sus treinta nietos. Mi abuela no conoció las comunas[12], se murió sin. En santa paz. (53)

> Estos barrios cuando los fundaron eran, como se dice, «barrios de puertas abiertas». Ya nunca más. Las guerras de las bandas están casadas: de barrio con barrio, de cuadra con cuadra. Una muerte trae otra muerte y el odio más odio. Esto es así, la ley del gato que gira y gira queriendo agarrarse la cola. Y las rachas de violencia que no apagan los entierros... Por el contrario, las encienden. Se diría que en las comunas los destinos de los vivos están en manos de los muertos. El

[11] No se nos escapa que el recurso a la hipérbole es una de las constantes más visibles desde el arranque mismo de la novela: «Había en las afueras de Medellín un pueblo silencioso y apacible que se llamaba Sabaneta. Bien que lo conocí porque allí cerca, [...] transcurrió mi infancia. Claro que lo conocí. Estaba al final de esa carretera, en el fin del mundo. Más allá no había nada, ahí el mundo empezaba a bajar, a redondearse, a dar la vuelta. Y eso lo constaté la tarde que elevamos el globo más grande que hubieran visto los cielos de Antioquia, un rombo de ciento veinte pliegos inmenso, rojo, rojo, rojo para que resaltara sobre el cielo azul. El tamaño no me lo van a creer [...].» (5).

[12] En el pasaje que reproducimos se percibe claramente, amén de la enumeración inicial y de la imagen del «laberinto», la presencia y la complacencia lúdica en torno a los verbos *robar* y *matar*, los más utilizados para describir la realidad colombiana: «Rodaderos, basureros, barrancas, cañadas, quebradas, eso son las comunas. Y el laberinto de calles ciegas de construcciones caóticas, vívida prueba de cómo nacieron: como barrios «de invasión» o «piratas», sin planificación urbana, levantadas las casas de prisa sobre terrenos robados, y defendidas con sangre por los que se los robaron no se las fueran a robar. ¿Un ladrón robado? Dios libre y guarde de semejante aberración, primero la muerte. Aquí el ladrón no se deja, mata por no dejarse o se hace matar. Y es que en Colombia la posesión de lo robado y la prescripción del delito hacen la ley.» (61).

odio es como la pobreza: son arenas movedizas de las que no sale nadie: mientras más chapalea uno más se hunde. (60-61)

3.3.3 El abrazo de Judas: dos ciudades en una

En la cita que sigue saltan a la vista las numerosas antítesis formadas mediante los términos básicos que las constituyen «ciudad *vs* comunas», suerte de *beatum rus* al revés: «un solo» *vs* «dos», «abajo» *vs* «arriba», «valle» *vs* «montañas, levantadas, laderas», «ciudad» *vs* «barriadas circundantes, comunas», «ciudad de abajo» *vs* «ciudad de arriba», «arriba, nubes, cielo» *vs* «bajan, bajar», «vivos» *vs* «muertos, matan, matadero», «cielo» *vs* «barranca abajo, caída, infierno», «inocentes» *vs* «culpable»:

> Podríamos decir [...] que bajo un solo nombre Medellín son dos ciudades: la de abajo, intemporal, en el valle; y la de arriba en las montañas, rodeándola. Es el abrazo de Judas. Esas barriadas circundantes levantadas sobre las laderas de las montañas son las comunas, la chispa y leña que mantienen encendido el fogón del matadero. La ciudad de abajo nunca sube a la ciudad de arriba pero lo contrario sí: los de arriba bajan, a vagar, a robar, a atracar, a matar. Quiero decir, bajan los que quedan vivos, porque a la mayoría allá arriba, allá mismo, tan cerquita de las nubes y del cielo, antes de que alcancen a bajar en su propio matadero los matan. Tales muertos aunque pobres, por supuesto, para el cielo no se irán así les quede más a la mano: se irán barranca abajo en caída libre para el infierno, para el otro, el que sigue al de esta vida. Ni en Sodoma ni en Gomorra ni en Medellín ni en Colombia hay inocentes; aquí todo el que existe es culpable, y si se reproduce más. Los pobres producen más pobres y la miseria más miseria, y mientras más miseria más asesinos, y mientras más asesinos más muertos. Esta es la ley de Medellín, que regirá en adelante para el planeta tierra. (86-87)

Una vez «debilitado» el narcotráfico tras la muerte de Pablo Escobar, los «muchachos de las antiguas barriadas» sufren una metamorfosis de excepcional alcance, menos en cuanto a conductas y principios, ya antes exentos de los valores al uso, que a su relación con el presente y el futuro, que queda abolido de repente. De ahí que intenten rellenar este vacío dando rienda suelta a los odios y a las matanzas:

> No sueñen más, muchachos, que esos tiempos, como todo, ya pasaron. ¡O qué! ¿También se creyeron ustedes eternos porque se estaban muriendo rápido? Parchados en una esquina de las comunas, viendo correr las horas desde una encrucijada del tiempo, los muchachos de las antiguas bandas hoy son fantasmas de lo que

> fueron. Sin pasado, sin presente, sin futuro, la realidad no es la realidad en las barriadas de las montañas que circundan a Medellín: es un sueño de basuco. En tanto, la Muerte sigue subiendo, bajando, incansable, por esas calles empinadas. Sólo nuestra fe católica más nuestra vocación reproductora la pueden contrarrestar un poco. (62)

Subrayamos, además de la ironía inicial que hace de la época de Escobar una especie de edad de oro, la anáfora de carácter privativo de la preposición «sin», las repeticiones, el cáustico oxímoron «se creyeron ustedes eternos porque se estaban muriendo rápido» y la no menos hiriente antítesis «vocación reproductora *vs* contrarrestar [a la Muerte]».

Medellín, en suma, se ha convertido en «una ciudad violenta» (79), hiperbólica (de ahí la presencia de la figura de la hipérbole en el *incipit* que acabamos de señalar), en la «capital del odio» (8, 86; «ese odio que aquí se estila y que no tiene sobre la vasta tierra parangón», 75) y de los crímenes[13]. Resulta difícil, por tanto, distinguir entre normalidad y anomalía, razón por la que abundan las antítesis y, sobre todo, el oxímoron, cuya función principal es expresar las paradojas y las contradicciones de la realidad colombiana:

> Unos roban y a otros los roban, unos matan y a otros los matan, así es esto. Todo estaba dentro de la más normal normalidad, la vida seguía su curso en Medellín.[14] (120)

La violencia ha alcanzado magnitudes tales que los crímenes se cometen ante la indiferencia general (de la que, como veremos, es parte integrante y resultado indirecto el cinismo del narrador[15]: «La fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante

---

[13] Reunimos algunos de los pasajes más significativos: «las alharacosas noticias: que hoy mataron a fulanito de tal y anoche a tantos y a tantos. Que a fulanito lo mataron dos sicarios.» (10); «nos están matando a todos vivos» (20); «día hubo en Medellín en que mataron ciento setenta y tantos, y trescientos ese fin de semana. [...] Nosotros aquí abajo lo único que hacemos es recoger cadáveres.» (21); «la avalancha de cadáveres» (29); «los muertos: tantos hoy, ¿mañana cuántos?» (31; no sorprende, por tanto, la frecuente imagen del matadero: 67, 70, 86, 90, 102).

[14] Hay otro pasaje parecido: «el radio [...] pasó a darnos las noticias de la noche que acababa y las cifras de los muertos. Que anoche habían sido tantos... La vida seguía pues.» (94).

[15] Un solo ejemplo referido al episodio de la subida de Fernando y Alexis al mirador. La visión de los buitres que rodean la finca –pese al aviso («cartel de Drácula» lo llama irónicamente el narrador) «SE PROHÍBE ARROJAR CADÁVERES» (47)– desencadena el cinismo del narrador, que pergeña el discurso de la alabanza de las propiedades del *vultur* latino o gallinazo, capaz de «transmutar la carroña humana en el espíritu del vuelo» (48).

lo borra el siguiente partido de fútbol. Así, de partido en partido se está liquidando la memoria», 40)[16]. Esa indiferencia se apoya en la «*omertà*»[17] o incluso genera placer, como si de un espectáculo más se tratara (de ahí el odio del narrador hacia los «espectadores», a los que, con ánimo despreciativo, llama «corrillo», 27, 43, 56, 68, 69, 75, 83)[18].

Medellín (también conocida por otros nombres, como en seguida veremos) es una ciudad en la que, cuando alguien sale de casa, no sabe si va a regresar («ando en riesgo de muerte por la calle», 20; «Fuimos y volvimos vivos», 26); una ciudad en la que ya no se respeta nada: en la Catedral se comercia droga, se trafican armas y hombres (una vez más los símbolos religiosos –«el incienso»– se confunden con otros más vulgares: «el olor del humo», 10; véase también 55), se atracan iglesias, se saquea a las víctimas en lugar de ayudarlas. En suma, una ciudad en la que la mayoría de sus moradores no se atiene ni a leyes humanas ni a leyes divinas, en la que sólo reina el caos:

> Nos bajamos en el parque de Bolívar, en el corazón del matadero, y seguimos hacia la Avenida La Playa por entre la chusma y los puestos callejeros caminando, para calibrar el desastre.
> ¿Las aceras? Invadidas de puestos de baratijas que impedían transitar. ¿Los teléfonos públicos? Destrozados. ¿El centro? Devastado. ¿La universidad? Arrasada. ¿Sus paredes? Profanadas con consignas de odio «reivindicando» los derechos del «pueblo». El vandalismo por donde quiera y la horda humana. (67)

De ahí que el narrador ironice con frecuencia sobre el nombre de la ciudad, convertida en hidra que, pese a las permanentes amputaciones (el reguero de muertos que no cesa), renace de continuo sustentada por el furor reproductor:

---

[16] Citamos otro ejemplo: «cuando el agente de la fiscalía llegó al bus detenido a levantar el cadáver, salvo al chofer ya no encontró a nadie: se habían ido todos a sus casas a oír el partido de fútbol, y a comer, a fornicar, a parir más hijos.» (125).

[17] «[S]i nadie vio aunque todos vieran» (30); «Se queda quietecito y nada vio, si quiere seguir viendo.» (39); «En cuanto al chofer, ni vio ni oyó nada» (125). Como se recordará, efectivamente, Alexis asesina a un taxista por «oír cuando no hay que oír y [...] ver cuando no hay que ver en una ciudad tan violenta» (79).

[18] «[U]na empalizada humana de curiosidad gozosa», «Antes de alejarme le eché una fugaz mirada al corrillo. Desde el fondo de sus almas viles se les rebosaba el íntimo gozo. [...] Aunque no tuvieran que comer hoy sí tenían qué contar. Hoy por lo menos tenían la vida llena.» (27); «al corrillo alegre, a la chusma vil que se arremolina en torno» (43); «Para privarlos del espectáculo del levantamiento del cadáver [...] que tan íntimo gozo les produce a los que creen que siguen vivos porque están de pie arremolinados, con su vileza en torno» (83).

> Dije arriba que no sabía quién mató al vivo pero sí sé: un asesino omnipresente de psiquis tenebrosa y de incontables cabezas: Medellín, también conocido por los alias de Medallo y de Metrallo lo mató. (47)[19]

No es casual que el narrador se refiera a su ciudad con imágenes procedentes del reino del Averno («este infierno», 23; «corazón de los vastos reinos de Satanás», 86):

> Amanecimos en un charco de vómito: eran los demonios de Medellín, la ciudad maldita, que habíamos agarrado al andar por sus calles y se nos habían adentrado por los ojos, por los oídos, por la nariz, por la boca. (28)

> En Manrique [...] es donde se acaba Medellín y donde empiezan las comunas o viceversa. Es como quien dice la puerta del infierno aunque no se sepa si es la de entrada o la de salida, si el infierno es el que está p'allá o el que está p'acá, subiendo o bajando. Subiendo o bajando, de todos modos la Muerte, mi comadre, anda por esas faldas entregada a su trabajo sin ponerle mala cara a nadie. (113)

Tampoco se debe al azar que la compare con Sodoma y Gomorra, las ciudades malditas por antonomasia[20]. En este sentido son significativas las escenas de violencia que tienen lugar camino de una iglesia, ante un santuario o incluso en el interior de un templo o una ermita. Rememoramos un ejemplo que vale por muchos: cuando el narrador busca iglesias para refugiarse del mundanal ruido y del infierno cotidiano –en alguna ocasión intenta en balde encontrar a Dios en la Basílica Mayor (55)–, termina en situaciones peligrosas («buscando entre almas en pena iglesias abiertas, me metí en un tiroteo», 23) y reflexiona al respecto:

> ¡Qué iglesia iba a haber abierta ni qué demonios! Las mantienen cerradas para que no las atraquen. Ya no nos queda en Medellín ni un solo oasis de paz. Dicen que atracan los bautizos, las bodas, los velorios, los entierros. Que matan en plena misa o llegando al cementerio a los que van vivos acompañando al muerto. Que si se cae un avión saquean los cadáveres. Que si te atropella un carro, manos caritativas te sacan la billetera mientras te hacen el favor de subirte a un taxi que te lleve al hospital. Que hay treinta y cinco mil taxis en Medellín desocupados atracando.

---

[19] «Medellín son dos en uno: desde arriba nos ven y desde abajo los vemos [...]. Yo propongo que se siga llamando Medellín a la ciudad de abajo, y que se deje su alias para la de arriba: Medalla. Dos nombres puesto que somos dos, o uno pero con el alma partida.» (89).

[20] «¿Pero algún inocente habría, preguntará usted que es sano, entre los del gobierno? Sí, como en Sodoma y Gomorra.» (64-65); «Ni en Sodoma ni en Gomorra ni en Medellín ni en Colombia hay inocentes» (87). Véase al respecto *Gomorra*, la exitosa novela-reportaje de Roberto Saviano.

> Uno por cada carro particular. Que lo mejor es viajar en bus, aunque también tampoco: tampoco conviene, también los atracan. Que en el hospital a uno que tirotearon no sé dónde lo remataron. Que lo único seguro aquí es la muerte. (21)

En la cita percibimos aspectos que conviene comentar brevemente. Primero: el recurso a la braquilogía o elipsis yuxtapuesto a la insistencia anafórica en el término «que» y a varias frases configuradas desde procedimientos basados en la antítesis («iglesia *vs* demonios», «abierta *vs* cerradas», «oasis de paz *vs* muerte»; de ahí que los únicos oasis de paz sean los «Campos de Paz», con mayúsculas, 8, con el significado doble de muerte y cementerio–, «vivos *vs* muerto»). Segundo: la serie de repeticiones del mismo término («atraquen, atracan, atracar, atracando») o de vocablos sinonímicos («matan, saquean, sacan, tirotearon, remataron»). Y tercero: los recursos retóricos logran describir el dramatismo de la situación, la gradación continuada de sucesos violentos y el deseo del narrador de denunciar la situación, pese a su papel de testigo insobornable e indiferente.

3.4 Fernando y la violencia

3.4.1 Cinismo, insensibilidad e indignación como producto de la violencia

Fernando se considera a la vez testigo y cronista de la violencia que, a su juicio, anega Colombia. Desea ser un testigo frío, insensible, indiferente, sin excluir el riesgo de caer en el cinismo. Un testigo por tanto desencantado y sin ilusiones, que es además víctima de la violencia. Su indiferencia e impasibilidad han alcanzado grados tales que ni siquiera considera la necesidad de detener a Alexis en su autoadjudicada función de máquina destructora o condenarlo por sus crímenes. El narrador no siente necesidad de intervenir ni de tener compasión con las víctimas; puede asistir impasible al asesinato de un joven rico al que el ladrón de turno intenta robar el coche[21] (18 y ss.), y no inmutarse cuando Alexis (y más

[21] «El muchacho sacó las llaves, saltó del jeep, echó a correr y de lejos le gritó al hombre: «¡Te quedé conociendo, hijueputa!» El hombre, enfurecido, sin poderse llevar el jeep porque no tenía las llaves, con el atraco frustrado, burlado, hijueputiado, se dio a perseguir al muchacho disparándole. Uno de los tiros lo alcanzó. Cuando cayó el muchacho el hombre se le fue encima y lo remató a balazos.» (18).

tarde Wílmar) asesina a un punkero: ««¡Lo mataron!» exclamó la vieja. «Ajá», contesté: era una constatación evidente.» (27). Se limita a constatar que a los curiosos del corrillo que se había formado alrededor de la víctima «se les rebosaba el último gozo»: «Estaban ellos incluso más contentos que yo» (27); en otra ocasión, tras el asesinato de tres soldados, propone a Alexis ir a almorzar, «como si nada» (38)[22]. Ello es así, porque considera que la vida es un «horror» (16), que una sociedad como la colombiana no merece otra cosa que la que tiene: asesinatos y muertes. No sorprende, por tanto, que aliente y manifieste propósitos suicidas[23], con ánimo de «redondiar» el epitafio que imagina en aposición a su nombre sobre la puerta de la casa que lo vio nacer:

> Vir clarisimus [*sic*], grammaticus conspicuus, philologus ilustrisimus [*sic*], quoque pius, placatus, politos, plagosus, fraternus, placidus, unum et idem e pluribus unum, summum jus, hic natus atque mortuus est. Anno Domini tal... (110)

Y tampoco sorprende que un narrador-personaje desencantado y exento de ilusiones sea crítico desmedido, iconoclasta implacable, descreído e irreverente; que encuentre mil razones para enfurecerse –o, al menos, indignarse[24]– con el prójimo, al que califica de «peste humana» (27) y «porquería humana» (80, 81). Así se explica que concluya una de sus oraciones a la Virgen de los Sicarios con una especie de súplica: «libradme de la condenación eterna, que la pesadilla del infierno ya la he vivido en esta vida y con creces: con mi prójimo. Amén.» (54). La indignación y la misantropía de Fernando –que van a la par del cinismo de sus propuestas para erradicar el «problema»– se manifiestan en cada página de la novela. Confeccionar un inventario preciso de los blancos principales a los que van dirigidos sus venenosos dardos sería cometido imposible, pero nos parece necesario intentarlo.

---

[22] ««Se me hace que lo mejor es que nos vamos yendo, niño, a almorzar.»» (38).

[23] «[L]legué una tarde cansado, derrumbado, derrotado, sin un carajo de ganas de vivir» (36); «préstame tu revólver que ya no aguanto. Me voy a matar» (37).

[24] «Las comunas a distancia me encienden el corazón como a una choza la chispa de un rayo.» (30); «Mi indignación no podía más, me estaba dando un ataque de ira santa.» (53); «No podía dormir de la indignación, no podía conciliar el sueño, no podía pegar un ojo.» (73); «la cara se me encendía de ira», «el incendio de la indignación» (101).

3.4.2 Indignaciones, misantropía y dardos envenenados

El rosario de males patrios que desatan la ira, la indignación y el odio del narrador tiene un sinnúmero de cuentas. Los principales veneros que alimentan sin descanso su ira y su enfado cósmico están relacionados preponderantemente con personas, instituciones, costumbres o hábitos, leyes y lugares[25]:

- Sus conciudadanos, que acumulan una larga serie de cualidades negativas, entre las que sobresalen la vileza y la cobardía, el rencor y el odio, la envidia y la *omertà,* el chisme y la traición, el perjuro y un largo etcétera[26].
- Los pobres, campesinos, obreros y quienes merezcan los calificativos preferidos y las expresiones e imágenes a los que recurre para definirlos: «raza limosnera», «el oleaje de la multitud» (13); «multitud novelera» (39); «esta raza novelera», «estos hijos de puta» (100); «la clase ociosa, haragana», «zánganos», «malnacidos», «esa roña» (101); «hijueputas» (103) y demás. En suma: aquellos grupos y parajes que desatan su ira con sólo mirarlos («Las comunas a distancia me encienden el corazón como a una choza la chispa de un rayo.», 30) y su indignación más sentida, no importa si por razones nimias o profundamente serias, que conviene desglosar:
    - Su hábito reciente de poner a sus hijos nombres extranjeros, extravagantes y ridículos, porque creen que les da categoría social y les acerca virtualmente a los ricos[27].

---

[25] Hay casos irrisorios o absurdos que no comentaremos en esta ocasión por razones de espacio. Entre los más evidentes están los que se refieren a las ambulancias (porque llevan «el letrero al revés») o a los limones de Colombia.

[26] «Desde el fondo de sus almas viles se les rebosaba el íntimo gozo. [...] Aunque no tuvieran que comer hoy sí tenían qué contar. Hoy por lo menos tenían la vida llena. / Mis conciudadanos padecen de una vileza congénita, crónica. Esta es una raza ventajosa, envidiosa, rencorosa, embustera, traicionera, ladrona: la peste humana en su más extrema ruindad.» (27); «el alma colectiva, gregaria, ruín, la jauría cobarde y maricona [...]. Se queda quietecito y nada vio, si quiere seguir viendo.» (39); «al corrillo alegre, a la chusma vil que se arremolina en torno» (43); «la valentía cobarde de la turbamulta» (56); «Era la turbamulta invadiéndolo todo, destruyéndolo todo, empuercándolo todo con su miseria crapulosa. «¡A un lado, chusma puerca!» Íbamos mi niño y yo abriéndonos paso a empellones por entre esa gentuza agresiva, fea, abyecta, esa raza depravada y subhumana, la monstruoteca.» (67); «el cerco de curiosos, festivo, jubiloso, se había acabado de cerrar» (104).

[27] «Con eso de que les dio a los pobres por ponerle a los hijos nombres de ricos, extravagantes, extranjeros [...]. Es lo único que les pueden dar para arrancar en esta mísera vida a sus niños, un vano, necio nombre extranjero o inventado, ridículo, de relumbrón. Bueno, ridículos pensaba yo cuando los oí en un comienzo, ya no lo pienso así. Son los nombres de los sicarios manchados de sangre. Más rotundos que un tiro con su carga de odio.» (7). Sobre los nombres cfr. también La Plaga (35) y Wílmar (96).

- Su hábito antiguo de pedigüeños[28] (véase también, más adelante, el «padrecito loco» y el mendigo del bus: «Uno de esos basuqueros», 107; «roña humana», «uno de estos asquerosos», 108).
- Su proclividad a explotar a sus patrones, su predisposición al ocio y, peor aún, su apego a la procreación («El obrero es un explotador de sus patrones, un abusivo, la clase ociosa, haragana.», 101).
- Su afición al robo no hace ascos a nada, pues abarca desde el papel higiénico en los servicios sanitarios (39) a los rieles del ferrocarril (49), de las cámaras cinematográficas (59) a los coches (no es casual que el narrador prescinda de él, 101).
- Su irresponsabilidad procreadora que fomenta y perpetúan la pobreza[29]. De ahí sus paródicos gritos de rebelión («¡Ricos del mundo, uníos! Más. O la avalancha de la pobrería os va a tapar.», 109) y su odio a los niños[30] y a las mujeres embarazadas. Las soluciones que propone no dejan espacio a la esperanza: acabar con la niñez (27) y con las mujeres embarazadas[31]. No extraña, por tanto, que el narrador se sienta colmado de alegría cuando ve a un niño oliendo

[28] «Un tumulto llegaba los martes a Sabaneta de todos los barrios y rumbos de Medellín adonde la Virgen a rogar, a pedir, a pedir, a pedir que es lo que mejor saben hacer los pobres amén de parir hijos.» (8); «Era la peregrinación de los martes, devota, insulsa, mentirosa. Venían a pedir favores. ¿Por qué esta manía de pedir y pedir? [...] esta raza limosnera.» (13); «su espíritu limosnero, con el cual coincidía con lo más natural y consubstancial de este país damnificado y mendicante, su vocación de pedir, que viene de lejos» (72); «Los pobres son así: agradecen para poder seguir pidiendo.» (100).

[29] «[E]l gen de la pobreza es peor, más penetrante: nueve mil novecientos noventa y nueve de diez mil se lo transmiten, indefectiblemente, a su prole.», «Por razones genéticas el pobre no tiene derecho a reproducirse.» (109): «compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora. Ganas con ganas a ver cuál puede más. En el momento en que escribo el conflicto aún no se resuelve: siguen matando y naciendo.» (28); «reproduciéndose como las ratas. Después se vuelcan sobre el centro de la ciudad [...] y por donde pasan arrasan.» (53); «El pobre es el culo de nunca parar y la vagina insaciable.» (71); «que jueguen fútbol todo el día y se acuesten cansados y ya no piensen en matar ni en la cópula» (89); «Y cuando llegan a sus casas los malnacidos rendidos, fundidos, extenuados «del trabajo», pues a la cópula: a empanzurrar a sus mujeres de hijos y a sus hijos de lombrices y aire.» (101); «los hijueputas pobres, para que parieran más» (103); «la proliferación de la roña humana», «empeñados en seguir de pobres y pariendo más...» (108).

[30] «[A]quí la vida crapulosa está derrotando a la muerte y surgen niños de todas partes, de cualquier hueco o vagina como las ratas de las alcantarillas cuando están muy atestadas y ya no caben» (75); «Esta sociedad permisiva y alcahueta les ha hecho creer a los niños que son los reyes de este mundo y que nacieron con todos los derechos. Inmenso error. [...] El pleno derecho a existir sólo lo pueden tener los viejos. Los niños tienen que probar primero que lo merecen: sobreviviendo.» (106-107); «La niñez es como la pobreza, dañina, mala.» (112).

[31] «[U]na de estas putas perras paridoras que pululan por todas partes con sus impúdicas barrigas en la impunidad más monstruosa» (67); «¿Y la mamá? [...] la delincuente, la desgraciada, convencida de que la maternidad es sagrada» (106); «perra humana embarazada» (107).

sacol, un pegamento de zapatero que alucina y al final mata («Por eso el sacol es bueno.», 78). Y de ahí los elogios a la «Orden del Santo Rey», Herodes (106-107) –de quien Alexis y Wílmar son una especie de reencarnación–, y al «loco» que en los buses inyecta cianuro a las mujeres embarazadas («¿Llamáis «loco» a un santo?», 107). Es más: ve la solución en el cianuro en el agua (71), en el «paredón», en la dinamita[32]. De ahí, en fin, el elogio de la homosexualidad («los maricas son buenos en esta explosión demográfica», 43).

- Los jóvenes, porque se aburren de continuo y tienen ilusiones irrisorias[33]. El caso de los jóvenes, sin embargo, no precisa solución, puesto que su existencia es propensa a cesar antes de que la juventud concluya[34].
- Los ancianos, por el contrario, son «impropios» y su único derecho es morir[35]. Ante tamaña desesperanza, la única solución parece ser el suicidio.
- El mestizaje de español-indio-negro, porque, a su juicio, es la «mezcla más mala» imaginable, por sus ambiciones pragmáticas deshonestas (por ejemplo, llegar a presidente para poder robar mejor) y porque abundan los «malnacidos», «saltapatrases» y «simios bípedos» (95)[36]. El narrador sabe, sin embargo, que cierta «dicha» es todavía posible, ya que se eliminan mutuamente: «Por eso cuando tumban los sicarios a uno de esos candidatos al susodicho de un avión o una tarima, a mí me tintinea de dicha el corazón.» (95).

---

[32] «¿Tiene este problemita solución? Mi respuesta es un sí rotundo como una bala: el paredón.» (29); «instaurar el fusiladero [...]. Y que vayan cayendo los fumigados, y aterrizando sobre ellos los gallinazos.» (90); «¿Yo explotar a los pobres? ¡Con dinamita! Mi fórmula para acabar con la lucha de clases es fumigar esa roña.» (101).

[33] «¿Qué iban a hacer allí? Por lo general nada: venían de aburrirse afuera a aburrirse adentro.» (9). Véase también lo que dice de La Plaga: «la pensaba preñar [a su novia] para tener un hijo que lo vengara. «¿Y de qué, Plaguita?» No, de nada, de lo que fuera. De lo que no alcanzara él. Este sentido previsor de nuestra juventud me renueva las esperanzas. Mientras haya futuro por delante fluye muy bien el presente.» (36). O del vacío existencial de Alexis y Wílmar.

[34] Nótese la múltiple ironía: «pasaban infinidad de muchachos vivos. O sea, quiero decir, vivos hoy y mañana muertos que es la ley del mundo, pero asesinados: jóvenes asesinos asesinados, exentos de las ignominias de la vejez por escandaloso puñal o compasiva bala.» (9).

[35] «Todo en la vejez es impropio: matar, reírse, el sexo, y sobre todo seguir viviendo. Salvo morirse, todo en la vejez es impropio. La vejez es indigna, indecente, repulsiva, infame, asquerosa, y los viejos no tienen más derecho que el de la muerte.» (92).

[36] «[P]roducen saltapatrases o sea changos, simios, monos, micos con cola para que con ella se vuelvan a subir al árbol. Pero no, aquí siguen caminando en sus dos patas por las calles, atestando el centro.» (94-95); «una gentuza tramposa, ventajosa, perezosa, envidiosa, mentirosa, asquerosa, traicionera y ladrona, asesina y pirómana» (95).

- El Gobierno:
  - Porque no cumple con sus obligaciones[37].
  - Porque roba[38].
  - Porque desangra a todas las empresas mediante los impuestos[39].
  - Porque sus miembros están implicados en el narcotráfico («como en Sodoma y Gomorra», 65).
- El Presidente, porque es «nuestro primer delincuente impune» (19), y por los múltiples y pésimos calificativos que según el narrador le corresponden[40].
- El ex presidente Barco («el inteligente», 43, «el memorioso», 48), porque olvida que ha prometido acabar con el narcotráfico[41].
- El Embajador de Colombia en Bulgaria, porque está implicado en el narcotráfico (45).
- Los políticos en general, porque son malvados por naturaleza (65).
- Los burócratas, por razones análogas (65)[42].
- La Justicia, porque favorece la prescripción y la impunidad de los delitos[43].
- La Constitución y las leyes colombianas, porque no se aplican (36, 56, 76)[44]. (De ahí también su ironía sobre la gastada fórmula del Presidente y el «peso de la ley»: 34, 36, 37.)

---

[37] «¿Es que estos cerdos del gobierno no son capaces de asfaltar una carretera tan esencial [...]? ¡Gonorreas!» (11).

[38] «De los ladrones, amigo, es el reino de este mundo [...]. Así que a robar, y mejor en el gobierno que es más seguro» (19); «Delito el mío por haber nacido y no andar instalado en el gobierno robando en vez de hablando. El que no está en el gobierno no existe» (20); «aquí no hay autoridad sino para robar, para saquear a las res pública...» (52).

[39] «El primer atracador de Colombia es el Estado» (46); «Va uno de bache en bache desquitándole al atracador y al gobierno» (48).

[40] «[U]na puta declarando, el presidente», «este maldito» (33); «también él es políglota. Y lo creo muy capaz: les lee el discurso que le escribieron en inglés con esa vocecita chillona, montañera, maricona, suya [...] ¡Apaga a ese bobo marica –le dije a Alexis» (34); «esta cotorra mojada», «su puerco pico» (37); «bobo marica» (56, 88); «la criaturita ambiciosa que hoy tenemos, el lorito gárrulo» (63); «lora gárrula», «el pajarraco deslenguado» (94); «este zángano» (109).

[41] «Por su lucidez, por su memoria, por su inteligencia y valor, vaya aquí este recuerdo.» (62); «Después tornaba a su obnubilación, a las brumas de su desmemoria.» (63).

[42] De ahí que le aconseje a Alexis de contentarse con asesinar a algunos de ellos en vez de ir a buscar «víctimas» al barrio de «Mierda Caliente» («un atracadero, un matadero», 70).

[43] «[E]n este país de leyes y constituciones, democrático, no es culpable nadie hasta que no lo condenen, y no lo condenan si no lo juzgan, y no lo juzgan si no lo agarran, y si lo agarran lo sueltan... La ley de Colombia es la impunidad», «todo pasa, prescribe» (19); «Y es que en Colombia la posesión de lo robado y la prescripción del delito hacen la ley.» (61). Véase también los juegos de palabras y conceptos al hilo del adjetivo *presunto*: 19, 33, 34, 45.

[44] «[E]n Colombia hay leyes pero no hay ley» (87). Lo mismo vale con las leyes de la carretera: «violando las más elementales y sagradas leyes de Colombia, las del tránsito» (75-76).

- Los defensores de los derechos humanos y, en especial, Amnistía Internacional, organización que justifica los delitos[45]. Así las cosas, no pecan de incoherencia las afirmaciones que siguen:

> ¡Derechitos humanos a mí! Juicio sumario y al fusiladero y del fusiladero al pudridero. El Estado está para reprimir y dar bala. Lo demás son demagogias, democracias. No más libertad de hablar, de pensar, de obrar, de ir de un lado a otro atestando buses, ¡carajo! (105)

- El Estado colombiano, por moverse en la ilegalidad y haberse convertido en «fabricador de armas y destilador de aguardiente, forjador de constituciones impunes, lavador de dólares, aprovechador de la coca, atracador de impuestos». En suma, el Estado se ha convertido, siguiendo el ejemplo del Presidente, en «el primer delincuente» (88).
- Los inspectores de Policía (29) y la Policía en general, porque infringen las leyes –venden balas (37) y armas (51, 88)–, no defienden al ciudadano cuando lo necesita (107) o incluso lo extorsionan (45). De ahí el irónico apelativo de ««defensor del pueblo»» (56).
- El Ejército, porque tampoco respeta la ley (vende armas, como la Policía, 88).
- Las Rentas Departamentales, porque fabrican aguardiente para que todos se emborrachen y se maten (88).
- Los agentes de Fiscalía, porque no cumplen con parte de sus obligaciones (el levantamiento de cadáveres corre ahora a cargo de los gallinazos, 29) y andan ocupados en el robo y en colocar el fruto de sus fechorías en Suiza, en concordancia con el presidente y el resto del Gobierno (30, 36). Por eso Alexis no vacila en decir al narrador: ««Yo te los quiebro [...], decíme cuál»» (36).
- Los periodistas de Medellín, porque sacan provecho de los muertos –de ahí las metáforas «heraldos del enterrador» y «buitres» (45)– y reducen las columnas dedicadas a los asesinados por cuestiones de «seriedad» (a diferencia de los «pasquines sensacionalistas» de Bogotá, 99).

---

[45] «Aquí no hay inocentes, todos son culpables. Que la ignorancia, que la miseria, que hay que tratar de entender... Nada hay que entender. Si todo tiene explicación todo tiene justificación y así acabamos alcahueteando el delito. ¿Y los derechos humanos? ¡Qué «derechos humanos» ni qué carajos! Esas son alcahueterías, libertinaje, celestinaje.» (105); «Uno de esos basuqueros soliviantados por Amnistía Internacional» (107).

- Las funerarias, porque, como los periodistas, sacan provecho de los muertos (45).
- Los médicos, porque viven, como los periodistas y los dueños de las funerarias, de la muerte ajena (45).
- La Ambulancia, porque lleva el letrero al revés (53).
- El comunismo, que apoya a pobres como el mendigo del bus (107)[46].
- Pablo Escobar, gran capo del narcotráfico, que se sirve de sicarios para mantener sus manos limpias[47]. No sorprende, por tanto, que el narrador se regodee al describir la escena de la caída de Escobar («don Pablo se desplomó con su mito», 64)[48].
- Los narcotraficantes en general, a los que califica de «gentuza inmunda» (96).
- Los sicarios, porque están a las órdenes y aceptan las dádivas de los narcotraficantes, a quienes agrupa y confedera en la calificación de «gentuza inmunda» (96), con el añadido de «hijos de puta» (100).
- Los padres salesianos y Juan Bosco[49], porque le inculcaron que la relación carnal con las mujeres equivalía a cometer «el pecado de la bestialidad» (17) y la idea que Lutero era el Diablo, cuando el Diablo es el papa, «el gran zángano de Roma» (69).
- Los curas en general, porque, so pretexto del sacramento de la confesión, lo quieren saber todo (32).
- El cura del programa televisivo «El Minuto de Dios» (72) –un «padrecito loco, desquiciado» (71)–, porque se ocupa, primero, de los pobres y no cesa de pedir para ellos, causando gran daño al país al perpetuar la pobreza y, una vez agotadas las posibilidades de los donantes televi-

---

[46] De ahí las parodias al hilo de expresiones y tópicos de cuño comunista: ««Los muchachos no son de nadie [...] son de quien los necesita»» (10); «¡Qué es! ¡Qué es! ¡Qué es! Se ve. Se siente. El pueblo está presente.» (68).

[47] «[É]se más de mil [mató], pero por interpósita persona, por manos de sicarios, que no cuentan» (80).Véase asimismo las perífrasis o antonomasias mediante las que lo denomina: el «Sumo Pontífice», «capo de los capos» (63), «gran capo» (63, 72, 80), «el gran contratador de sicarios» (64).

[48] Nos referimos al símil del gato y a la alusión irónica a la comedia de Tennessee Williams: «Desde las terrazas de mi apartamento oí los tiros: ta-ta-ta-ta-tá. Dos minutos de ráfagas de metralleta y ya, listo. Lo tumbaron en un tejado huyendo, como a un gato en desgracia. [...] Se despanzurró como el susodicho gato sobre el «entejado», su tejado caliente» (64).

[49] «[L]ambeculos» (69); «apologéticos, eminentísimos, profundísimos señores» (77); ««¿Ves ese santo que se sonríe ahí, con sonrisita de falsía atroz? Ese es Juan Bosco, corruptor de menores.» (110); «el delincuente de Juan Bosco», «con perfiladita nariz aguileña, griega, y sonrisita marica, falsa, pérfida» (111).

sivos, porque se presta a colaborar con los carteles del narcotráfico, convirtiéndose incluso en protector del «gran capo» y allanándole la entrada «a la catedral» (72)[50].

- Los teólogos, por hablar de Dios sin haberlo visto nunca (90).
- El Papa, porque encarna al Diablo (69) y defiende a los pobres, fomentando así la «proliferación de la roña humana» (108).
- El cardenal López T., por ladrón y afeminado, porque ha pactado con el narcotráfico (70-73). Por eso anima a Alexis a matarlo (70).
- El apellido López, porque son millones y su fonética –«cuestión de semántica»– suena «a ratero cínico», «zorro», «comadreja» (73).
- La religión en general, porque «toda religión es insensata» (77).
- La Iglesia católica, porque no respeta «la ley de Cristo» (76) –ley que el narrador considera «intrínsecamente perversa» (76)– y se ha convertido en Centro Comercial que atrae a los jóvenes porque los absuelve de sus crímenes a cambio de ofrendas materiales[51] (considérese, por otro lado, la paradójica Virgen de los Sicarios). Y también porque sostiene a los pobres de la índole del mendigo del bus, a quien Wílmar envía a mejor vida (107).
- El catolicismo y los católicos practicantes («estas roñas zafias que abundan en Medellín» 69), porque tienen la arrogancia de creer que su verdad es la única y porque, a juicio del narrador, su iconografía es execrable y cruel (el narrador subraya «el espectáculo perverso de la pasión: Cristo azotado, Cristo caído, Cristo crucificado», 14)[52]. Así se explica que

[50] «[S]e convirtió en el mendigo número uno de Colombia», «El mal que le hizo ese padrecito a Colombia no tiene nombre.» (71); «Para él no había dinero malo o bueno, sucio o lavado. Todo le servía para sus pobres y que pudieran seguir en la paridera.» (71-72); «curita pedigueño», «espíritu limosnero» (72).

[51] «Esta devoción repentina de la juventud me causaba asombro. Y yo pensaba que la Iglesia andaba en más bancarrota que el comunismo... Qué va, está viva, respira. La humanidad necesita para vivir mitos y mentiras.» (14); «De penitencia le puso trece misas, una por cada muerto, y por eso andan tan llenas de muchachos las iglesias.» (33).

[52] «Quinientos años me he tardado en entender a Lutero, y que no hay roña más grande sobre esta tierra que la religión católica.» (69). Y con su iconografía perversa: «el espectáculo perverso de la pasión: Cristo azotado, Cristo caído, Cristo crucificado» (14).
Resultaría tautológico entrar en aspectos ya señalados; a rememorar la teoría de la Dualidad que el narrador contrapone a la de la Trinidad: «Años hace que no venía a esta catedral al Oficio de Difuntos, a rezar por Medellín y su muerte, pero ahora Alexis, mi niño, me acompaña. He dejado de ser uno y somos dos: uno solo inseparable en dos personas distintas. Es mi nueva teología de la Dualidad, opuesta a la de la Trinidad: dos personas que son las que se necesitan para el amor; tres ya empieza a ser orgía.» (55-56).

Fernando y Alexis gratifiquen al borrachín que grita «¡Abajo la religión católica!» con «un billetito para que pudiera seguir tomando» (71).

- Dios, porque tuvo la idea de crear al hombre a su imagen y semejanza, considerándolo su juguete o, incluso, su sicario (de ahí el símil con Frankenstein: «A Dios, como al doctor Frankenstein su monstruo, el hombre se le fue de las manos.», 105); de la mano del hombre, Dios realiza actos infames (véase el episodio de los caballos maltratados, 78-79, o el del perro moribundo, 80-81)[53]. En eso se parece a Pablo Escobar, que, como sabemos, mataba «por interposita persona» (80). De ahí la constatación de su indiferencia («a falta de Dios», 104), de su maldad, de la monstruosidad de su doble naturaleza («Dios es el Diablo. Los dos son uno, la propuesta y su antítesis. Claro que Dios existe, por todas partes encuentro signos de su maldad.», 78). Huelga decir que el narrador no cree en Dios ni en el «reino del otro mundo»[54].Y sin embargo, la hermosura de los gallinazos, que descienden de sus alturas para «transformar» los cadáveres, le hacen dudar: cree ver en ellos «la mejor prueba» (48) de la existencia de Dios. De ahí el elogio de los buitres y de Satanás, pues tienen la capacidad de «enderezar los entuertos de este mundo» (104).
- Cristo, porque no reacciona ante lo que está sucediendo en Colombia, incluida su propia casa, la Catedral[55].
- La familia tradicional, porque es una cárcel[56] (24). De ahí el elogio del amor libre.

---

[53] «Somos una pesadilla de Dios, que es loco.» (41); «hizo Dios al hombre, su juguete» (60); «él que es culpable de estas infamias: El, con mayúscula, con la mayúscula que se suele usar para el Ser más monstruoso y cobarde, que mata y atropella por mano ajena, por la mano del hombre, su juguete, su sicario.» (81); «el culpable será el de Allá Arriba, el Irresponsable que les dio el libre albedrío a estos criminales. ¿Pero a Ese quién me lo castiga?» (105).

[54] «[D]esde hacía tiempos no creía en Dios» (16); «De los ladrones, amigo, es el reino de este mundo y más allá no hay otro. Siguen polvo y gusanos. Así que a robar, y mejor en el gobierno que es más seguro y el cielo es para los pendejos.» (19); «Dios no existe y si existe es la gran gonorrea.» (81).

[55] Viene al caso subrayar la fuerza de los epítetos peyorativos y los elogios con que califica al grupo de Hare Crishnas: «¿Y Cristo dónde está? ¿El puritano rabioso que sacó a fuete a los mercaderes del templo? ¿Es que la cruz lo curó de rabietas, y ya no ve ni oye ni huele?» (55)(sobre el episodio de los mercaderes arrojados del templo, véase también 77.); «Hare Crishnas danzando al son de sus panderetas, trayéndonos su mensaje de paz y amor del Oriente (de ese amor que jamás sintió Cristo el tremebundo), y de respeto a todo lo vivo, empezando por los animales y acabando por el prójimo» (69); «el gran introductor de la impunidad y del desorden de este mundo» (76); «el impostor» (106).

[56] «Es de poca caridad, ya sé, exhibir la dicha propia ante la desgracia ajena, contarle historias de amor libre a quien vive prisionero, encerrado, casado, con mujer gorda y propia y cinco hijos comiendo, jodiendo y viendo televisión. Mas dejemos el aparato y sigamos, exhibiendo plata ante el mendigo.» (24) (esta fórmula se repite en la pág. 99: «Vuelvo y repito: no hay que contar plata delante del pobre.»).

- Los sociólogos, porque se las dan de científicos, pecan de presumidos y, como los psiquiatras, dañan más que ayudan a la sociedad[57].
- Los biólogos, por razones similares a las que acabamos de señalar (52).
- Los psicólogos, porque el psicoanálisis está por los suelos («más en bancarrota que Marx», 44).
- Los psiquiatras, porque, como los sociólogos, desgracian a quien cae en sus garras (67).
- Los «comunicadores sociales», porque han hiperbolizado el idioma hasta llegar al «puro desinflamiento semántico», como indica, por ejemplo, el uso indiscriminado del término *masacre* (53).
- Los tanatólogos, porque se creen los únicos «dueños y señores de la muerte» (58, 74).
- Los fondistas, patronos de restaurantes y taberneros, porque economizan incluso con las servilletas de papel («Esta raza es tan mezquina, tan mala, que aquí las servilletas de papel las cortan en ocho», 39), razón por la que Alexis mata a la camarera (48).
- Los maleteros de los aeropuertos, porque roban y en algunos casos hasta matan al dueño (39).
- Los taxistas, porque están conchabados con el narcotráfico y atracan a los pasajeros[58]. (Por estas razones Alexis aplica «su marquita frontal», 79, a dos taxistas: «Treinta y cinco mil taxis había en Medellín; quedaban treinta y cuatro mil novecientos noventa y nueve.», 50).

---

[57] «Dicen los sociólogos que los sicarios le piden a María Auxiliadora que no les vaya a fallar, que les afine la puntería cuando disparen y que les salga bien el negocio. ¿Y cómo lo supieron? ¿Acaso son Dostoievki o Dios padre para meterse en la mente de otros? ¡No sabe uno lo que uno está pensando va a saber lo que piensan los demás!» (14); «tres escapularios, que son los que llevan los sicarios: uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen. Eso según los sociólogos, que andan averiguando.» (15); «Se estaban dando plomo a lo loco estos dos combos, «por cuestiones territoriales», como decían antes los biólogos y como dicen ahora los sociólogos.» (52)(sobre la territorialidad de las comunas, véase pág. 59); «Cualquier sociólogo chambón de esos que andan por ahí analizando en las «consejerías para la paz», concluiría de esto que al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma.» (58); «Cuando a una sociedad la empiezan a analizar los sociólogos, ay mi Dios, se jodió, como el que cae en manos del psiquiatra.» (67).

[58] «Taxistas inocentes, por lo demás, no los conozco.» (79); otra fuente de molestias son sus radios constantemente encendidas: «Que hay treinta y cinco mil taxis en Medellín desocupados atracando.», «comprados con dólares del narcotráfico porque de dónde va a sacar dólares Colombia si nada exporta porque nada produce como no sea asesinos que nadie compra» (21); «Yo no resisto una ciudad con treinta y cinco mil taxis con el radio prendido.» (36); «¡Y yo convencido de que los taxistas eran los atracadores!» (40); «Llevaba el radio prendido cacareando, el asqueroso» (45); «llevaba el taxista el radio prendido tocando vallenatos, que son una carraca con raspa y que no soporta mi delicado oído» (49).

- La televisión, porque emite partidos de fútbol, ahuyentando la felicidad y la belleza (que el narrador considera intactas en su infancia, encarnadas sobre todo en globos y pesebres, 11-13); porque ha destrozado definitivamente el idioma y ha generado la idea de que quien no aparece en la tele no existe (95)[59]. Por eso Alexis rompe el televisor (36-37).
- La radio, por haber transformado la vida en un tormento infernal por su ruido continuo[60].
- El teléfono, porque usurpa la privacidad y genera molestias. (He aquí las razones por las que tiene desconectado «el aparato monstruoso», 98).
- El fútbol, porque atolondra a la gente (véase, arriba: televisión y familia tradicional), favorece la desmemoria («El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol.», 40) y –es el caso de Colombia– se puede convertir en un juego en el que los petardos del festejo de la victoria se mezclan con tiros de bala[61].
- El basuco, porque entorpece el alma y «empendeja» (13)[62].
- La música moderna, de la que busca refugio en las iglesias[63]. (Por eso estrella la casetera de Alexis, 16-17, y no soporta la radio de los taxistas.)

---

[59] «La felicidad no puede existir en este mundo tuyo de televisores y casetes y punkeros y rockeros y partidos de fútbol. Cuando la humanidad se sienta en sus culos ante un televisor a ver veintidós adultos infantiles dándoles patadas a un balón no hay esperanzas. Dan grima, dan lástima, dan ganas de darle a la humanidad una patada en el culo y despeñarla por el rodadero de la eternidad, y que desocupen la tierra y no vuelvan más.» (12); «contarle historias de amor libre a quien vive prisionero, encerrado, casado, con mujer gorda y propia y cinco hijos comiendo, jodiendo y viendo televisión» (24); «este maldito» (36); «¿Que la necesito para defenderme del televisor y sus continuos atentados al idioma?» (51).

[60] «Yo no resisto una ciudad con treinta y cinco mil taxis con el radio prendido.» (36); «¿Cómo le hacía la humanidad para respirar antes de inventar el radio? Yo no sé, pero el maldito loro convirtió el paraíso terrenal en un infierno: el infierno. No la plancha ardiente, no el caldero hirviendo: el tormento del infierno es el ruido. El ruido es la quemazón de las almas.» (59).

[61] «Ese día puso el país el grito en el cielo y se rasgaba las vestiduras. Y al día siguiente ¡goool! Los goles atruenan el cielo de Medellín y después tiran petardos o «papeletas» y «voladores», y uno no sabe si es de gusto o si son las mismas balas de anoche.» (40).

[62] Un ejemplo relativo a las emociones que proporcionaba la mera contemplación de los pesebres navideños: «Las casitas a la orilla de la carretera en el pesebre eran como las casitas a la orilla de la carretera de Sabaneta, casitas campesinas con techitos de teja y corredor. O sea, era como si la realidad de adentro contuviera la realidad de afuera y no viceversa, que en la carretera a Sabaneta había una casita con un pesebre que tenía otra carretera a Sabaneta. Ir de una realidad a la otra era infinitamente más alucinante que cualquier sueño de basuco.» (13).

[63] «¿Y tú llamas esta mierda música?» (16); «eso no era música», ««No es música ni es nada, niño.» (17); «ese tormento» (24); «huyendo de la música de Alexis» (33).

- Los vallenatos, porque son canciones que se nutren de odio y de muerte[64] (razón por la que ordena a los taxistas que apaguen la radio).
- El punkero/metalero anónimo, porque su música le molesta (es suficiente con que Fernando formule su deseo de matarle para que Alexis lo haga)[65].
- Los que silban, porque considera el acto «una afrenta personal, un insulto mayor incluso que un radio prendido en un taxi» (104) y cree que usurpa el «sagrado lenguaje de los pájaros» (ya hemos aludido al amor incondicional que Fernando siente por los animales): «Detesto pero detesto que la gente silbe. No lo tolero» (104). Wílmar mata al hombre («inmundo», «asqueroso», «hombre-cerdo», 104) que les sigue silbando.
- El cine mexicano, porque pone en boca de los personajes «obviedades, simplezas» (27).
- Fidel Castro, porque no se muere y «sigue ahí, entronizado», agarrado al poder (35).
- El presidente Reagan, porque jamás leyó libro alguno y ha dado pésimo ejemplo a los jóvenes que, como Alexis, han seguido su camino (46).
- Los limones de Colombia, porque «no se dan; el musgo de la humedad los asfixia» y son una vergüenza (59).
- España, porque robó el oro de América y ha dejado un mestizaje que el narrador tiene en poco y «un alma clerical y tinterilla» (95).
- Los surrealistas, porque no entendieron nada[66].
- La Clínica Soma, porque sus dueños son, amén de «hijos de puta», «rateros» («pleonasmo que me sabrán perdonar los señores académicos que me leen») que explotan a conciencia la desesperada situación y la candidez del prójimo (83-84). Por eso desea vengarse: intenta (en

[64] Véase la irónica conclusión: «Por eso andaba Colombia tan entusiasmada cantándolo, porque le llegaba al alma.» (66); y además: «llevaba el taxista el radio prendido tocando vallenatos, que son una carraca con raspa y que no soporta mi delicado oído» (49); «Colombia seguirá cantando alegre, con amor de fiesta, su canción de odio.» (67); «no-lo-re-sis-to» (67); «aquí se están volviendo ritmo de muertos» (106).

[65] «Ese metalero condenado», «Yo a este mamarracho lo quisiera matar».», ««Yo te lo mato –me dijo Alexis con esa complacencia suya atenta siempre a mis más mínimos caprichos–.» (24); «Lo matamos por chichipato, por bazofia, por basura, por existir. Porque contaminaba el aire y el agua del río.» (27-28).

[66] «¡Surrealistas estúpidos! Pasaron por este mundo castos y puros sin entender nada de nada, ni de la vida ni del surrealismo. El pobre surrealismo se estrella en añicos contra la realidad de Colombia.» (125).

vano) dejarles el cadáver de Alexis, seguro de que no pueden «sacar partido» a un muerto (84).

- El tren elevado, porque, como los relojes de José Antonio o las iglesias de Medellín, es un proyecto inconcluso («detenido en sus alturas») «y convertido abajo en guarida de mendigos y ladrones» (120).
- Los responsables del fracaso del proyecto, que endeudaron a Antioquia «y se robaron la plata»[67].
- Los gobernadores de Antioquia, porque se van tumbando «los unos a los otros en su rapiña, en su voracidad burocrática» (Pedro Justo Berrío fue la excepción que confirma la regla: sobrevivió cuatro años, «un récord Guiness», 119).
- El exceso de celo de los europeos, quienes, en su afán por violar los derechos humanos, registran cada movimiento (se trata, de más está señalarlo, de una acusación en clave irónica, de una atribución *ex contrario* más)[68].
- Los escritores colombianos, cuyos mejores representantes «son los jueces y los secretarios de juzgado, y no hay mejor novela que un sumario» (123).

3.4.3 Violencia y pérdida de identidad

Detrás de cada uno de los múltiples registros que presenta la novela hay un Fernando distinto y contradictorio: un Fernando permisivo, comprensivo y cómplice de los sicarios, que se adapta a sus circunstancias y adopta su lenguaje jergal; un Fernando gramático y lingüista que conoce y explica los lenguajes especiales y específicos; un Fernando que hace a veces de guía de forasteros, que acompaña al turista en sus errancias por Medellín; un Fernando nostálgico, que se emociona ante lo que queda de su infancia; un Fernando animalista, tierno, que llora al tener que sacrificar al perro moribundo; un Fernando cínico, irónico, iconoclasta que recurre a la mezcla y combinación de varios registros para

[67] «Hicieron bien: si no se la hubieran robado ellos se la habrían robado otros.» (120).

[68] «Aquí no es como en Europa donde se violan a todas horas los derechos humanos y a hotel adonde uno vaya le piden descaradamente identificación presumiendo lo que no se debe, que el ser humano es un criminal. Aquí no, aquí la confianza pública no está tan envenenada.» (120).

subrayar la execración de casi todo lo que le rodea; un Fernando ateo, herético y blasfemo y un Fernando ascético que busca a un Dios que parece haber desaparecido definitivamente; un Fernando transformado en zombi, que merodea sin rumbo por la ciudad... De ahí que él mismo aluda en repetidas ocasiones a sus múltiples personalidades (*Uno, ninguno y cien mil*), fruto amargo del «naufragio» general del país, del deterioro sistemático de la sociedad[69]. Un personaje que, como el vate francés, ha leído todos los libros sin ganar en felicidad, hasta convertirse en una especie de *ecce homo* en clave profana («¡Para libros los que yo he leído! y mírenme, véanme», 46). En ese naufragio general y personal se inscriben asimismo su nihilismo (recordemos la ocasión en que, al tener que expresar en la servilleta lo que espera de la vida, anota: «Iba a escribir «nada»», 96) y la certeza de que es imposible saber, conocer realmente («¡No sabe uno lo que uno está pensando va a saber lo que piensan los demás!», 14; «Nadie sabe lo de nadie.», 86).

3.4.4 Metamorfosis hacia la violencia

Alexis, en su papel de guía perverso, convierte a Fernando en discípulo-cómplice de sus fechorías. De ahí el cambio de la primera persona singular a la primera plural («Lo matamos», 27), marcado además por una contradicción adicional[70] y una blasfema y herética interpretación de la Trinidad:

> He dejado de ser uno y somos dos [...]. Es mi nueva teología de la Dualidad, opuesta a la de la Trinidad: dos personas que son las que se necesitan para el amor; tres ya empieza a ser orgía. (55-56)

---

[69] «Ese angelito tenía la propiedad de desencadenarme todos mis demonios interiores, que son como mis personalidades: más de mil» (25); «El tiempo barre con todo y las costumbres. Así, de cambio en cambio, paso a paso, van perdiendo las sociedades la cohesión, la identidad, y quedan hechas unas colchas deshilachadas de retazos.» (30); «Y yo una sola pero en pedazos. «Virgencita niña de Sabaneta, que vuelva a ser el que fui de niño, uno solo. Ayúdame a juntar las tablas del naufragio.» [...] rogándole al cielo que nos hiciera el milagro de volver a ser. A ser los que fuimos. «Yo ya no soy yo, Virgencita niña, tengo el alma partida.»» (32; como la tiene partida la ciudad de Medellín: 89; «En el naufragio de Colombia, en esta pérdida de nuestra identidad ya no nos va quedando nada.», 35).

[70] ««¡Uy, vos sí sos un verraco! –me dijo Alexis–. Consigámonos una subametralladora». «Niño, 'consigámonos' somos muchos. A mí no me incluyas». ¡Pero cómo no incluir en el amor!» (37).

Finis coronat opus, diría un narrador más cínico que Fernando, que se sabe contagiado por un Alexis que «tenía dañado el corazón» (7). Un cómplice que, aunque en un primer momento sea impasible e indiferente (ése es el caso cuando asiste al asesinato del punkero, 26-27), va entrando paulatinamente en un juego diabólico y sucumbe a la violencia: primero accede a comprar a la policía las balas para que Alexis siga matando (37) y, luego, aprueba los homicidios que comete, como en el caso del «transeúnte grosero» (41):

> ¿Estuvo bien este último «cascado» de Alexis, el transeúnte boquisucio? ¡Claro que sí, yo lo apruebo! Hay que enseñarle a esta gentuza alzada la tolerancia, hay que erradicar el odio. ¿Cómo es eso de que porque uno se tropieza con otro en una calle atestada le van soltando semejantes vulgaridades? No es la palabra en sí [...]: es su carga de odio. Cuestión pues de semántica [...]. Sí niño, esta vez sí me parece bien lo que hiciste, aunque de malgenio en malgenio, de grosero en grosero vamos acabando con Medellín. (42-43)

Y así sucesivamente: cuando Alexis mata al taxista («¡Qué espléndida explosión!», «tuvimos el tiempo de acercarnos a ver cómo ardía el muñeco», 49); cuando asesina a la empleada de la cafetería («salimos de la cafetería como si tales, limpiándonos satisfechos con un palillo los dientes», 50). Llega incluso a indignarse cuando en la radio se les llama «presuntos sicarios al servicio del narcotráfico» («¿Yo un presunto «sicario»? ¡Desgraciados! ¡Yo soy un presunto gramático! No lo podía creer. Qué calumnia, qué desinformación.», 45). Y también se indigna si alguien puede creer que Alexis ha matado sólo a los tres del corrillo y, sin incluir al «gamincito» («Al gamincito también, claro que sí, por supuesto, no faltaba más, hombre», 57). En suma: un *crescendo* tan desmesurado que momento llega en que ya no puede contar el reguero de muertos que van dejando atrás[71].

El narrador se hunde en la espiral de odio y muerte que va envolviendo a sus conciudadanos (se trata de un cambio que se va efectuando a la par que su actitud, cada vez más intransigente)[72]. Y sin embargo,

[71] «Pero volvámonos un momento atrás que se me olvidaron al bajar del taxi dos muertos» (68); «Ay qué memoria la mía, me quedó faltando un cascado más, al final del parque.» (69).

[72] «Algo oían en mi tono de perentorio, la voz de Thánatos, que les quitaba toda gana de disentir: o lo apagaban o lo apagaban.» (51); «Se lo dije en uno de esos tonos que he cogido que no admiten réplica» (57).

encuentra alicientes, aspectos «positivos» en su metamorfosis, «gracias» a la ayuda de Alexis, «ángel exterminador» y brazo armado («Hay que desocupar a Antioquia de antioqueños malos y repoblarla de antioqueños buenos», 43); operación que lleva a cabo haciendo suyas a ciertas (a su entender) «disposiciones» divinas («a las serpientes venenosas hay que quebrarles la cabeza: o ellas o uno, así lo dispuso mi Dios», 50).

3.5 Alexis y la violencia

Alexis es en no pocos aspectos el equivalente masculino de la mujer fatal; así lo indican, amén de los ojos y el sintagma calificativo «ángel de la guarda» (11, 24), otros vocablos característicos relacionados con la esfera «celestial» y, a la vez, con su antítesis[73]. Personaje de escasa cultura por su origen comunero, entiende un solo lenguaje: el de la violencia («sólo comprende el lenguaje universal del golpe», 22). Compensa su vacío existencial con el televisor, escuchando una música infernal y acumulando crímenes sin cargo[74]. Sorprende a cada paso, y sus reacciones y comportamiento son difíciles de pronosticar[75].

El párrafo precedente no rememora faltas, infracciones y delitos adicionales cometidos por Alexis, dada la relación detallada y sistemática en las páginas correspondientes. Como muchos comuneros, es un sicario al servicio del narcotráfico, por lo que su final es conocido desde el comienzo mismo de la novela[76].

---

[73] «[L]ógica divina», «Ese angelito tenía la propiedad de desencadenarme todos mis demonios interiores, que son como mis personalidades: más de mil» (25); «como en última instancia escriben los ángeles que son demonios» (46); «ángel» (68, 69, 70, 74); el oxímoron «Ángel Exterminador (69, 70) y «Ángel del Silencio» (75), sintagma en el que «silencio» significa «muerte».

[74] «El vacío de la vida de Alexis, más incolmable que el mío, no lo llena un recolector de basura.» (22); «Impulsado por su vacío esencial» (33); «nada, pero nada, nada le perturba el sueño. Desconoce la preocupación metafísica.» (41).

[75] «Alexis era imprevisible y me estaba resultando más extremoso que yo» (18); «su imaginación desaforada» (24); «arrebatos incontrolados» (34).

[76] «[C]uando menos lo esperaba, lo mataron, como a todos nos van a matar» (8); «siguió conmigo hasta el final. Y al final dejó el horror de esta vida para entrar en el horror de la muerte.» (16); «Al día siguiente [al episodio del perro], en la tarde, en la Avenida La Playa, lo mataron.» (82).

3.6 Wílmar y la violencia

Wílmar es el doble casi exacto de Alexis, con características equiparables o incluso equivalentes (104). Entresacamos las más significativas:

- Mata con la misma facilidad (es también una especie de Ángel exterminador, 109: «Mi niño era el enviado de Satanás que había venido a poner orden en este mundo con el que Dios no puede.», 105) y siente parecida indiferencia y despreocupación (podríamos reunir otros términos, entre los que figuraría la felicidad) tras haber realizado el acto criminal:
  - Asesina a un desconocido que les sigue silbando por el mero hecho de que Fernando detesta a la gente que silba (104). Sus reacciones son parecidas a las de Alexis («radiante, jubiloso, riéndose de felicidad. Con una dicha que le chispeaba en sus ojos verdes.», 105).
  - Dispara a una madre y a sus dos niños en el bus porque sus gritos y llantos molestan. De ahí el símil con Herodes, «el Santo Rey» (106).
  - Mata también al chofer del bus porque tarda en abrirles la puerta (106).
  - Ejecuta a un mendigo porque solicita la caridad de la gente con ademán amenazador (107-108).
  - Y lo mismo hace con otros muchos personajes, en su carrera alocada hacia una meta con nombre de hipérbole privativa: *tabula rasa*[77]:

    > Basuqueros, buseros, mendigos, policías, ladrones, médicos y abogados, evangélicos y católicos, niños y niñas, hombres y mujeres, públicas y privadas, de todo probó el Ángel, todos fueron cayendo fulminados por la su mano bendita, por la su espada de fuego. Con decirles que hasta curas, que son especie en extinción. Se quería seguir con el presidente... «Muchachito atolondrado, niño tonto, ¿no ves que este zángano está más protegido que ni que fuera la reina de las abejas? Déjalo que salga». (108-109)

- Una de sus víctimas es, como sabemos, Alexis (122).

[77] De ahí que se pueda entender también en este sentido –y por tanto interpretarla cínicamente– la decisión del narrador: «Le dije a Wílmar que en mi opinión ya no tenía objeto seguir en Medellín, que esta ciudad no daba para más, que nos fuéramos.» (122).

Es ésta, precisamente, la diferencia principal: Wílmar es el asesino de Alexis, como La Plaga revela y confirma a Fernando[78]. El descubrimiento –que en un primer momento parece despertar en el narrador el deseo de venganza («tenía que matarlo», 118)– no desemboca en tragedia: tras haber meditado e incluso invocado la ayuda del Señor Caído de La Candelaria («que me ayudara a matar a este hijueputa», 119), renuncia a la venganza por cansancio (confirmando su afirmación inicial: «el mismo rencor cansado que olvida todos los agravios: por pereza de recordar», 11). En el fondo, la venganza tampoco es necesaria, puesto que a Wílmar lo matan al día siguiente: «La despedida fue para siempre, vivos no nos volvimos a ver.» (122).

4. Final

De más está decir que quedan aún por analizar aspectos relacionados con la violencia, entre los que figura de manera predominante, como es de esperar de un narrador que se sabe gramático, el lenguaje. No es ésta la ocasión para continuar con nuestras pesquisas: hemos agotado el espacio que teníamos a disposición. Tiempo habrá para volver sobre el asunto.

AUGUSTA LÓPEZ BERNASOCCHI
JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
Universidad de Berna

[78] «Entonces me hizo el reproche, que por qué andaba con el que mató a Alexis. «Por qué dices eso [...]. ¿No ves que yo ando con Wílmar y a Alexis lo mató La Laguna Azul?» «Wílmar es La Laguna Azul» [...] porque se parecía muchacho al mucho de esa película.»; «me había matado a mi niño, y de paso a mí» (118).

Bibliografía

CRUZ, Juan (2008): «Delirio y desbarrancadero en Colombia. Los autores Laura Restrepo y Fernando Vallejo abordan la actualidad y el drama de su país», en *El País*, 2 de marzo, págs. 8-9.

LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel (2010): «Cuatro cuestiones sobre la novela colombiana del narcotráfico vistas por el novelista y teórico Alvaro Pineda Botero y el autor e investigador literario Bogdan Piotrovski», en *Humboldt*, 153, págs. 74-76.

ORREGO, Jaime A. (2006): «Entrevista con Héctor Abad Faciolince», en *La Hojarasca. Alianza de Escritores y Periodistas*, 4 de julio: http: // www.escritoresyperiodistas.com.Numero27/jaime.htm.

SÁENZ ROVNER, Eduardo (2009): «Notas sobre la historia del tráfico de drogas psicoactivas en Colombia entre los años 30 y 50», en *Iberoamericana*, 33, págs. 93-104.

VALLEJO, Fernando (1994): *La Virgen de los Sicarios*, Madrid: Punto de lectura.

YARCE, Elizabeth (2007): «Medellín: 20 años de llanto en las calles», en *El colombiano* (texto publicado en Medellín). Texto disponible en: http://www.elcolombiano.com/proyectos/serieselcolombiano/textos/conflicto_urbano/bandas.htm.